



EL ÚLTIMO GIRO DEL CUCHILLO

Al volver, el tren se detiene en Delicias como si el tiempo no importara, aunque todo dentro de mí ya es algo distinto. ¿Afuera? El aire de Zaragoza masca mis pulmones, este aire helado, seco, mineral. En África el aire es menos denso, el viento aún recicla su olor de sal y fuego, aquí huele a piedra rasgada y humo. En el camino a casa, sin reconocirme, la ciudad me observa. Las paredes son más estrechas, y entumecidas, los balcones más bajos, me golpean con el peso del olor de masa fermentada, si el frío moral me enseñó algo fue el calor metálico de las monedas cuando golpean mi mano en la centrifugadora de los bolsillos de mi cazadora. No he vuelto por nostalgia. He regresado porque un hilo invisible pero claro y tenso me empujó hacia el Norte. Quizás fue cuando me percaté de que mi nombre en cualquier idioma extranjero suena extraño, como un poema traducido al infinito.

Y cuando llego al Ebro, vuelvo. Cuando llego, el río ha vuelto, lento y cansado, jamás dañado por los años o por los límites de los sueños. Y a su lado, más escondido, casi como un pedazo de cielo para un niño ciego, está mi álamo negro. Cuando el mundo era sólo infancia, solía venir a su lado a lanzar piedras, e imaginar que cada golpe era una semilla capaz de cruzar el universo. Ahora que soy yo quien lo ha cruzado, no encuentro una orilla contraria al otro lado, ni un espejo, solo un interminable eco. El álamo negro tiene un tronco cicatrizado, mis iniciales de cuchillo. La “D” casi invisible. La “L” resiste. Cuando mi piel golpea la corteza. Está fría, es áspera, viva. Le hablo en silencio, a susurros y a gritos como si pudiera entender lo que le digo. Le cuento que en África los álamos negros no conocen el

null Este documento contiene datos no especialmente protegidos

DOCUMENTO	RELATO 15. EL ÚLTIMO GIRO DEL CUCHILLO.	ID FIRMA	14851881	PÁGINA	1 / 6
FIRMADO POR 1 FIRMANTE				FECHA FIRMA	
1. MARIA BERGES INIESTA - LA TRAMITADORA				02 de diciembre de 2025	



invierno. Que sus hojas brillan con un sonido distinto. Que no me llaman cuando el
cierzo revuelve las ramas y las sombras del mundo se destilan en el río.

Le confieso que no sé si he vuelto o sólo estoy soñando con volver. Puedo decir
que a través del claro atardecer puedo escuchar un rumor lejano mezclado con el
ruido del viento atlántico de las planicies del Cabo. Y cuando el Sol se desvanece y
el río se muda de negro, veo un color nuevo: la franja extensa de oro antiguo que se
apaga apaciblemente. El álamo negro, apenas inclinado, creo que hasta me
reconoce. Irse no es un acto, es una grieta que se abre despacio. Yo me fui y llegué
a Zaragoza casi sin darme cuenta. Primero fue un viaje con mis padres, después un
trabajo en el norte, después una costumbre, siempre una vida detrás y delante.
Cuando miro atrás, el aire del sur ha borrado mi sombra.

En el Cabo todo era exceso: la luz, el océano, las montañas, el rugido del mundo. A
veces, al salir del trabajo, subía a la colina sólo para observar el vacío cuando el Sol
se hundía en el Atlántico. En el horizonte, como un disolvente, la ciudad aún sigue
ardiendo. Trabajaba en el jardín cerca del puerto, los barcos, aún dormidos,
verticalmente, me recordaban que el aire puede oler a sal, metal y gasolina. Y como
un dios San me tendía sobre el asfalto ardiente de los meses y pensaba que el
mundo es un idioma que se aprende con el cuerpo. Al principio pensaba que podría
quedarme allí para siempre porque el único recuerdo de Europa era la charca negra
del invierno y las mariposas congeladas de Mayo. Aprendí a distinguir el peso de los
últimos trenes del imperio al congelar las huellas de arena de la historia. Pero cada
vez que los golpes inmensos del Atlántico golpeaban las ventanas de mi habitación,
escuchaba algo familiar, no era nostalgia, era el rumor de hoja, el sonido de un

null Este documento contiene datos no especialmente protegidos



álamo negro que allí no estaba. Y encendido en la noche africana, saltaba a las aceras y buscaba entre proteas y casas de chapa una voz que sonaba lejana.

Tantas noches largas. Eran, muchas veces, piedras lanzadas desde la distancia, cayendo dentro de mi alma. Es casi como escribir postales que nunca se envían. En una de ellas dibujé un árbol de tinta negra, cerca de un río, y debajo: sigo creciendo lejos. Y no supe si hablaba de mí o del álamo. Cuando la primavera vertía las flores sobre las arenas del Cabo supe que tenía que volver. Llevaba soñando tanto tiempo con un tren que no llegaba nunca, con un tren que encerrado en las mareas, me llevara de regreso al río congelado de Zaragoza. Tomé el primer vuelo, como quien obedece una orden secreta. En la pista de aterrizaje, el viento movía los eucaliptos enraizados en las vallas y por un instante pensé que eran álamos y pensé que quizás todos los árboles se parecen cuando uno tiene ganas de volver. Después de Etiopía no lloré, miré las luces del avión sobre las ventanas y no dejaba de pensar en los miles de kilómetros que separan a un cuerpo de su sombra. El Sahara era una extensión infinita y muda, y yo no podía pensar en más que volver a cualquier lugar, Europa, Asia, África, no importaban mucho ya.

Al aterrizar en España, el aire era frío y denso, como una memoria marchita llena de duelo. En el tren hacia Zaragoza vi pasar los campos y las colinas desgarradas por el otoño, todas las casas abandonadas que me reconocían. Los ojos, los labios, la garganta, a cada kilómetro, se me llenaban de polvo e infancia. Al llegar, mi madre me abrazó sin decir palabra. Había envejecido, pero en su voz seguía el mismo calor de los días cuando yo aún no había crecido demasiado. Durante la cena me habló del barrio, de los vecinos, del río que cada año crece un poco más, y yo soló

null Este documento contiene datos no especialmente protegidos

DOCUMENTO	RELATO 15. EL ÚLTIMO GIRO DEL CUCHILLO.	ID FIRMA	14851881	PÁGINA	3 / 6
FIRMADO POR 1 FIRMANTE				FECHA FIRMA	
1. MARIA BERGES INIESTA - LA TRAMITADORA				02 de diciembre de 2025	



pensaba en el álamo negro. Esa noche no pude dormir. Desde la ventana entumecida de Octubre veía todas las luces del puente y el reflejo oscuro del agua en movimiento. La ciudad estaba en silencio, distinto a cualquiera que yo hubiera recordado en otro momento y pensé en todos los ojos africanos de los que no pude despedirme del todo, y me di cuenta que el tiempo no es una línea, es un remolino que nos arrastra en círculos. Y en el sueño:

- Yo también me iré siempre. Incluso si me quedo.
- Uno nunca vuelve del todo.
- ¿Por qué?
- Has regresado. Sólo para comprobar que el río sigue latiendo. Que tu infancia no se ha secado del todo.
- ¿Y luego?
- Después de esto, inevitablemente, la corriente se te llevará de nuevo.

Al día siguiente, fui hasta la ribera del Ebro. Sin flores, ni cámara de vídeo. Caminé solo. El aire seguía poseyendo un olor inimitable, mezcla de memoria y barro. Cuando lo vi, alto, tan callado, supe que el tiempo, como una rama, también puede doblarse hasta romperse hasta el final del tiempo. Desde que llegué, como un compromiso, he vuelto al río. A veces llevo un libro y vivo el tiempo frente al agua viendo pasar el reflejo de los puentes pasear sobre las nubes teñidas de colores al contacto con el atardecer del otoño. A veces, Zaragoza parece la misma ciudad que dejé tantas veces, la misma ciudad a la que he vuelto en otras ocasiones, muchas veces siento que soy yo quien ha cambiado tanto que no la reconozco. El álamo sigue allí, esperando.

null Este documento contiene datos no especialmente protegidos

DOCUMENTO	RELATO 15. EL ÚLTIMO GIRO DEL CUCHILLO.	ID FIRMA	14851881	PÁGINA	4 / 6
FIRMADO POR 1 FIRMANTE				FECHA FIRMA	
1. MARIA BERGES INIESTA - LA TRAMITADORA				02 de diciembre de 2025	



Cada vez que el cierzo ruge en invierno sus hojas, hundiéndose en el espacio, se inclinan hacia mí como si quisieran contarme algo. Quizás es mi padre quien me habla a través de ellas. Quizás soy yo mismo, quien se marchó, intentando responder desde lejos. Pienso que los álamos no recuerdan, pero siento un pulso cuando la mano sobre la corteza quebrada sube hasta la cabeza. Es un latido antiguo y lento, como si el tronco respirara el mismo aire que yo respiro. Entonces, cuando cierro los ojos, el sonido del río y del océano se confunden al unísono, y por un instante África y Zaragoza dejan de estar tan lejos.

No dejo de pensar en volver. Volver como una razón de ser. No sé si iré a África, a todos los continentes, a quedarme aquí. Quizás todo sea imposible. Hay quienes creen que los árboles no se mueven, y muchas veces, crecen, equivocados, porque yo pienso lo contrario: todo árbol se traslada en secreto en el recuerdo de los que los echan de menos. A veces me siento frente al álamo y le hablo sin voz, en silencio, es la única manera en la cual podemos entendernos. Y le cuento todo lo que he visto: las tormentas del Cabo, las montañas anchas como heridas abiertas, los mercados marcados de Sol donde la gente baila incluso cuando no hay música. Y le cuento que la luz también duele, que hay estrellas que se queman por accidente. El árbol sin responder una sola palabra, mueve su sombra lentamente sobre la hierba, acercándose a mis ojos, como si escuchara. He pensado en plantar una semilla suya en África, cerca del mar; sólo para poder imaginar un pequeño álamo negro creciendo en el suelo rojo, resistiendo el viento cálido del Sur. Y quizás un día alguien se siente bajo él y sin saber por qué, escuche el murmullo de un río aragonés, aunque nunca haya escuchado acerca de él. La memoria es la forma que tienen los árboles de viajar.

null Este documento contiene datos no especialmente protegidos

DOCUMENTO	RELATO 15. EL ÚLTIMO GIRO DEL CUCHILLO.	ID FIRMA	14851881	PÁGINA	5 / 6
FIRMADO POR 1 FIRMANTE				FECHA FIRMA	
1. MARIA BERGES INIESTA - LA TRAMITADORA				02 de diciembre de 2025	



También he pensado que tal vez mi vida no es más que eso: una hoja viajando entre dos orillas, sin llegar a ninguna de ellas en ningún momento. Mi madre duerme mucho, cuando el reloj del salón marca las horas con una lentitud mineral. A veces pienso que ella y el álamo son parecidos: dos formas distintas de resistencia. Su voz al despertar, como una savia envejecida, habla de mi padre, de las avenidas de nombres distintos, de las memorias del pueblo, de un tiempo de veranos infinitos. Yo escucho, pero en el sonido, se infiltra el rumor del río.

Al atardecer, he visto caer una hoja del álamo. Flotando sobre el agua se ha alejado girando lentamente sobre la corriente transparente del río. La hoja brillaba y yo me quedé observándola hasta que el reflejo del cielo la ha vuelto invisible. El álamo se inclinaba al oeste, como un cuchillo que gira sobre ese espejo líquido donde todo parece moverse sin irse nunca.

null Este documento contiene datos no especialmente protegidos